

COLABORACION DE LA VANGUARDIA

LAS LENGUAS DE MAÑANA (2)

LA N.A.T.O. Y SUS JEREGAS

El libro «Parlez-vous français?», de Etienne, puso el tema sobre el tapete. Fue en 1964. Sus tesis y sus admoniciones no ofrecían, quizá, nada nuevo. O muy poco. Pero venían dichas con un acento inédito, de virulencia tajante, panfletario, entre dolido y sarcástico, y ello daba al alegato una fuerza también sin precedentes. Por una temporada, la polémica quedó establecida. La Francia más o menos intelectual de los «agregés» y de los «instituteurs» se conmovió al recibir los datos y el rapapolvo de Etienne. Luego, se calmaron los ánimos, y ya casi nadie ha vuelto sobre la cuestión. La cual, por descontado, continúa siendo tan «candente» como entonces, o más. A lo sumo, de vez en cuando, tropezamos con el voqueble «français» en algún papel incidental. Eso es todo. Aunque menos da una piedra, claro.

Lo del «français» era una manera ingeniosa de designar la amenaza. Porque la «primera amenaza» consistía —y consiste— en la perspectiva de que el francés se convirtiera, a la larga, en un híbrido de sí mismo y de inglés. Si no se busca remedio, la invasión lingüística anglosajona acabará por desplazar al idioma de Molière y de Voltaire: no para sustituirlo por el de Shakespeare y de Eliot, sino para dejar paso a un tercer idioma ambiguo y mezclado. Mitad francés y mitad inglés, o cualquiera que sea la dosificación, el resultado admite la broma del nombre-centauro: «français». Etienne le aplica otra etiqueta, ahora plenamente grotesca: «saber atlantique». Los franceses llaman «saber» a la «lengua franca» del comercio portuario del Mediterráneo, especialmente del Norte de África. El «saber atlantique» sería, pues, la jerga de la NATO. El ingrediente «inglés» no procede esta vez de la Gran Bretaña vecina. Llega de mucho más allá, del país del dólar y de la coca-cola. ¿No nos había informado don Elio Antonio de Nebrija, siglos atrás que la lengua es compañera del imperio? Nunca se dijo verdad más gorda. En eso estamos, todavía. Y no sólo en Francia.

Si he invocado a la NATO es por lo que estas siglas tienen de emblemático para la Europa actual. Posiblemente, un pacto militar no podría alcanzar unas repercusiones tan intensas en el habla de los súbditos aliados. La penetración idiomática cuenta con otros conductos más sutiles y más efectivos. La industria y el comercio no son armas menos imperiales que las armas propiamente dichas. Y no olvidemos que todo imperialismo despierta en su mundo colonial una eufórica propensión a identificarse con los «señores».

Etienne señala la «américanolatría» que domina a los franceses de hoy. Esa americanolatría se repite en la mayor parte del Antiguo Continente, y no hará falta justificar la afirmación. Incluso llevamos nuestro entusiasmo al punto de no darnos cuenta de que la imitación es imitación. Y no me atrevo a opinar acerca de lo que ocurre en terreno «enemigo». San Agustín calificaba de «simios de Roma» a los pueblos antagonistas del Imperio. Puede que ésta sea una ley del juego de poderes a nivel de disputa firme. Para la Francia de hoy, desde luego, esa opción de disputa no existe. Francia, como el resto del área llamada «occidental», pertenece a la jurisdicción norteamericana.

Desde el día siguiente —cuando menos— al desbarajuste de Babel, la hegemonía política ha comportado siempre una forma u otra de hegemonía lingüística. No nos metemos aquí en historias demasiado viejas acerca del particular, ni tampoco en las más recientes de carácter excepcionalmente odioso. Bastará que destaquemos tres casos, a la vez benignos y brillantes, propios de la Europa moderna: las epidemias de hispanismos, galicismos y anglicismos, sufridas por los idiomas de esta parte del mundo, a consecuencia del respectivo predominio universal de España, Francia e Inglaterra. Los préstamos mutuos de vocabulario y de giros, que se producen de ordinario entre lenguas contiguas, se desequilibran por un lado, cuando en él residen el poder y la gloria internacionales. Los pueblos subalternos toman (o, si se quiere, reciben) más que dan, en asuntos de lenguaje. Mientras la Monarquía española tuvo la sartén por el mango, el castellano irradió su influencia —moda y modelo— sobre los demás idiomas. Otro tanto ocurrió con el francés y con el inglés, al tocarles el turno a París y a Londres. La Segunda Guerra Mundial inauguró la vez de los Estados Unidos, y el «saber atlantique» hizo su aparición en nuestros domicilios.

Era lo normal. Y no había de qué preocuparse, por anticipado. Las ingerencias lingüísticas anteriores —la de España, la de Francia, la de Inglaterra— habían sido perfectamente digeridas por los idiomas receptores: se redujeron, con el tiempo, a unas pocas docenas de palabras, a unas cuantas contaminaciones de sintaxis, al calcio de un puñado de modismos. Lo cual revertía en un amable enriquecimiento de la lengua pasiva. Pero con el inglés del dólar y la coca-cola el planteamiento adquiere un aspecto muy diferente. Ya no se trata sólo de una «aportación» moderada y asimilable. Nos hallamos frente a una verdadera «invasión»: o sea, frente a expectativas de suplantación una lengua por otra. Que no es exactamente la de suplantarse el francés por el inglés, pero sí el francés por el «saber»

natónico. En Francia tendrían la especie dialectal «français». Y lo de Francia hace prever situaciones paralelas, e inmediatas, en las restantes provincias del Imperio.

¿No habrá su algo de exageración, en el espantoso grito de Etienne y sus cofrades? Yo no diría que no. Sin embargo, también sería temerario negarles su razón de ser. En «Parlez-vous français?» se incluyen una veintena de páginas redactadas en «saber atlantique», que no desdichan en cualquier columna de periódico parisiense. El «pastiche» de Etienne es prodigioso. En ese corto espacio acumula un divertido —¿o siniestro?— lote de léxico y de vicios morfológicos y sintácticos que ya nada tienen que ver con el francés. Eliminadas las comillas y la cursiva con que se acostumbra a intercalar la diócesis forastera, el conjunto no puede resultar más aberrante. La economía, el deporte, el cine, la legislación, las bebidas, los vestidos, las comodidades del hogar, las preferencias de los adolescentes, la sociología, la cosmonáutica, todo, nos viene y adviene a través del «saber»: nuestros arcaicos romances no disponen de medios para decir lo que puede decirse en «saber». «Pourquoi s'abirons-nous atlantique?»...

Este interrogante sirve a Etienne para bosquejar una explicación de los orígenes del fenómeno: la NATO, desde luego; la publicidad, tan ligada al pseudocosmopolitismo de las marcas y las patentes; la prensa, la radio y la televisión, no menos condicionadas por la gran manufactura yanqui. Pero podríamos ir aún más lejos en la demanda. «Pourquoi s'abirons-nous atlantique?» ¿Será porque ya no se puede hablar de otro modo —de ciertas cosas, en todo caso? ¿O porque estamos renunciando, hemos renunciado ya a seguir hablando nuestras propias lenguas? ¿O porque...?

No intentaré dramatizar la cuestión más de lo debido. Pero hay que ponerse en guardia. Lo de menos es el «purismo» gramatical. Ahora bien: no se cambia de lengua como de camisa. La gente de mis latitudes lo sabe: el «cambio» se paga caro. Una lengua es mucho más que «eso» que manejan los guías de turistas, los trujamanes diplomáticos y los alegres tecnócratas «a la violeta». Un idioma es, ante todo, un dispositivo de pensar, de sentir, de comunicarse, específicamente determinado. Y no se improvisa. Puede que, un día, el «saber» produzca su Hegel o su Dante, su Marx o su san Juan de la Cruz, su Descartes, su Ausias March, su Eluard, su Goethe, su Neruda. Todo es, probablemente, un problema de tiempo. Mientras tanto, ¿quién se atreverá a hacer tabla rasa de lo que es suyo y de los suyos? Cada lengua «viva» podría suscitar un Etienne propio.

Joan FUSTER

CUESTIONES DISPUTADAS

FILOSOFIA DE LA ESPADA

ESO de la esgrima filosófica, y aun matemática —como así también se la conoce— parece que es producto genuinamente español, pues todos los autores están de acuerdo en atribuir su invención a don Jerónimo Carranza, que la dejó bien expuesta en su libro «Philosophía y destreza de las armas», obra que terminó el año 1569, en Sanlúcar de Barrameda, y publicó en 1582. Su sistema, en efecto, está basado en las relaciones matemáticas de los círculos, pirámides, arcos y tangentes, y puede resumirse en la siguiente frase: «Ganar los grados al perfil». Y para que todo ello se entienda mejor, diremos que ganar los grados al perfil era saber ganar la ventaja por pasos consecutivos alrededor del adversario.

Sin embargo, quien llevó la filosofía y la matemática de la espada a puntos de abstracción totalmente insospechados, fue un discípulo de Carranza llamado don Luis Pacheco de Narváez. Este diestro publicó en Madrid el año 1600, o sea, dieciocho años después que el de su maestro, el «Libro de las grandezas de la espada», que dedicó a Felipe III, rey de todas las Españas. En él se afirma «que todo cuanto cabe en la potencia humana y parte práctica de la destreza, no son más que cinco tretas, a saber: «tajo», «revés», «estocada», «medio tajo» y «medio revés», simples o compuestos, de primera o de segunda intención, comprendidos y remedios por uno de los medios únicos para la defensa que son: «ángulo recto», «atajo» y «movimiento de conclusión»; siendo evidente que todos los hombres que lo fueron, lo son y lo serán, ni hicieron, ni hacen, ni harán más, aunque la variedad de términos parezcan cosas nuevas y diferentes».

El método de Pacheco tuvo un gran éxito entre las clases ilustradas, y todo el mundo se batía siguiendo las figuras geométricas preestablecidas, sumando, restando y multiplicando concienzudamente en los asaltos, observando con escrupulosidad el «ángulo recto», base científica primordial de la esgrima filosófica, hasta que siguiendo el orden natural de las cosas —y dada la naturaleza y la envidia humanas— le salieron a Pacheco detractores sin cuento. Uno de ellos fue Cristóbal de Cala, el cual, en su «Desengaño de Diestros» (1642), dice que «después de haberle seguido por espacio de algunos años su experiencia le aconsejaba abandonarle, desde el momento en que sus atajos todos eran nullos». Pedro Mexía de Tovar, en «Engaño y desengaño de los errores de la filosofía y destreza de las armas y norte de diestros» (1636), afirmó que el sistema de Pacheco era, además de complicado y propio para agotar la paciencia del hombre más aficionado a la esgrima, completamente artificial. Pero el maestro de armas del Rey y de la Cámara de S. M., don Miguel Pérez de Miranda, en «Principio de los cinco sujetos de que se compone la filosofía y matemática de las armas y práctica especulativa», fue el autor que atacó más ferozmente, no sólo a Pacheco, sino también a Carranza, destruyendo la base del «ángulo recto», pilar inmovible de la esgrima filosófica, diciendo que «en la destreza de las armas no hay ángulo recto, ni lo puede haber, porque ángulo recto es caer una línea recta perpendicular sobre otra y en el hombre, estando enhiesto, no cae línea ninguna perpendicular que forme los ángulos obtusos ni agudos de que se compone el recto». A Pacheco, sin embargo, la puntilla se la dio Quevedo al retratar a un culto espadachín filosófico y matemático enfrentándose con otro meramente intuitivo e ignorante. El primero sacó el compás y comenzó a decir: «Este ángulo es obtuso. Con este compás alcanzo más, y gano los grados del perfil; ahora me aprovecho del movimiento remiso, para matar al natural; esta habrá de ser cuchillada y éste tajo». Y entonces el intuitivo sacó daga y dijo: «Yo no sé quién es ángulo, ni obtuso, ni en mi vida oír decir tales nombres; pero con ésta en la mano le haré pedazos». Acometió al pobre diablo, el cual empezó a huir dando saltos por la casa, diciendo: «¡No me puede herir, que le he ganado los grados del perfil!».

El descrédito de Pacheco duró hasta principios del siglo XVIII, con el opúsculo anónimo titulado «Prueba que la inteligencia y ejercicio de la espada no es ciencia, si arte gladiatoria, y que las armas estaban incluidas en las siete artes no liberales, sino serviles, y que así se denominó hasta tiempos de Jerónimo Carranza, que llamóla «filosofía» de la espada (sin duda por lo del «filo»), y de Pacheco de Narváez, que se empecató en llamarla «ciencia de la destreza».

Este opúsculo fue inmediatamente contestado por don Francisco Lorenz de Rada, marqués de la Torre de Rada y caballero del Hábito de Santiago, el cual revelóse como el supremo heredero espiritual de Pacheco —y aún lo superó— al publicar en 1705 los tres libros «infolio», profusamente ilustrados, de «De la ciencia del instrumento armigero de la espada». En esta obra, Lorenz de Rada alcanzó no sólo la matemática, sino la teología, la filosofía, la música y la medicina de la espada, como lo prueba esta célebre página, la más grande que se ha escrito sobre la esgrima, y que ahora nosotros reproducimos:

«Elegido el medio de proporción y puestas las espadas en líneas paralelas, lo más angostas que se pudiere, lo primero que ha de hacer el diestro será: que su línea de dirección corresponda al centro de su pie izquierdo, y a un mismo tiempo bajará el brazo, por el plano vertical primario, a la sexta línea de su pirámide, hasta que el pomo (del arma) llegue al plano medio horizontal, y subirá la espada a la segunda línea de la suya, hasta que la punta esté a la altura del cenit, o noveno plano horizontal, y hará, juntamente por la parte de adentro, agregación con el filo inferior de su espada, con algún grado de la tercera división de ella, en el grado que le correspondiera en la segunda división de la del contrario; y sin alterar esta sección, hará un pequeño movimiento a su lado izquierdo, de suerte que su espada llegue a participar de la novena línea de su pirámide y el gavilán superior de la tercera de la suya.»

Esta página que —según hemos dicho— ha quedado como antológica, representó, sin embargo, el canto del cisne de la esgrima filosófica, la cual, desde entonces, llevó una vida lánguida y sin provecho. Pero es que, a la postre, todo es efímero en la vida, y las más grandes tradiciones se pierden, como ésta cuya alta nobleza quedó relegada en nuestros días a un elegante —e insidiosamente clasista— el deporte de salón.

Juan PERUCHO

FABRICA DE JOYERIA Y PLATERIA

ORIOLO

PASEO DE GRACIA, 7 pral.

EBOLI BOUTIQUE

BALMES, 470

¡¡¡SENSACIONALES REBAJAS!!!

GRANDES OPORTUNIDADES A PARTIR DEL 9 DE DICIEMBRE

¡¡HERNIADOS!!

«ODRAP», palabra que significa solidez, comodidad. Un adelanto evolutivo para los herniados es el aparato «ODRAP». Es un invento sin hierros ni flejes, sólo pesa 95 gramos, sin bultos, en traje de baño se lleva sin notarse. No se estropea aunque se bañe, por ser lavable. Con «ODRAP» la hernia irá contenida, mejorando. El aparato «ODRAP» se fabrica a medida bajo prescripción facultativa «ODRAP». Travesera de Gracia, 10, pral (jto. Pl. Calvo Sotelo) BARCELONA. Consulte a su médico. (C. P. S. 1322) Visitas de 10 a 1 y de 4 a

ESQUI

SUIZA: 7 días. Avión, Hotel, Clases
ANDERMATT 11.900 ptas.
GRINDELWALD 10.400 »
DAVOS 11.800 »
AROSA 12.900 »
ST. MORITZ 12.800 »
GSTAAD 14.300 »

AUSTRIA: 7 días. Avión, Hotel,
INNSBRUCK 10.900 »
ZELL AM SEE 11.100 »

FRANCIA: 7 d. Tren, Hotel, Clases
CAUTERETS 7.250 »

ESPAÑA: 7 días. Hotel, remontes
VALLE DE ARAN 3.250 »

Viajes Baixas, S. A.

Grupo A - Título, 14
Via Layetana, 133. - Telef. 231-93-87
P.º de Gracia, 45 - Telef. 221-57-89

TELEVISORES

desde 100 ptas. semanales

Teléfs. 254-33-74 y 254-33-75

wertheim
rápida, s. a.MAQUINAS DE COSER - ELECTRODOMESTICOS - OBJETOS REGALO - CONTADO Y PLAZOS
Rambla de Cataluña, 7 - Teléfono 231.26.07 - BARCELONA - 7

PINTE O EMPAPELE

EN COMODOS

PLAZOS

PRESUPUESTOS GRATUITOS

Teléfonos 219-82-29 y 219-81-22